

Las vicisitudes de la intervención: un diálogo sobre las prácticas

Por Marcela Raiden

Marcela Raiden. Socióloga UBA. Integrante del Departamento de Prevención del CENARESO

El presente trabajo tiene por objetivo instaurar un espacio de reflexión y diálogo sobre las prácticas en prevención de adicciones. Este diálogo – entendido como el arte de dar a luz – nos permitirá develar, comprender y analizar las posibilidades y límites de la intervención en los contextos en los cuales el consumo de drogas se encarna y desarrolla.

Partimos de entender la intervención como una bisagra que articula el nivel de lo micro con lo macro social. Lo micro está representado por el ámbito de las relaciones sociales cotidianas y lo macro por los aspectos institucionales, históricos y políticos que condicionan, direccionando la situación de intervención.

Con el fin de situar las experiencias de intervención, comenzaremos explicitando los puntos de partida conceptuales que se enlazan con la misma.

En primer lugar, cuando hablamos del fenómeno de las drogas, nos estamos refiriendo a una problemática compleja. ¿Por qué compleja? Porque es un tema que desborda los límites de las disciplinas, no logra ser abarcado, explicado, ni dominado totalmente por un solo campo disciplinario. En este sentido no se trata solo de una cuestión médica, psicológica, antropológica o de una modalidad delictiva. Podríamos afirmar que el fenómeno de las adicciones estaría ubicado en el campo inespecífico de los problemas sociales.

En segundo lugar, las características del contexto hoy no son asimilables al de otras épocas. Desde una mirada cualitativa, transitamos una etapa marcada por la incertidumbre. Esta sensación de incertidumbre atraviesa a los sujetos y a las instituciones. Tenemos instituciones despistadas en su fin. Por ejemplo, la escuela ha perdido su función de institución educativa y se ha transformado en un espacio para resolver problemas psicológicos, para comer, para conseguir cosas, etc.

Estamos en un contexto fragmentado. Se han resquebrajado las redes de solidaridad. El lazo social se ha enfriado y ha emergido un profundo individualismo. En este marco, las relaciones entre los sujetos están atravesadas por la desconfianza y se constituyen en fuente generadora de ansiedad.

En tercer lugar, existe una heterogeneidad de patrones y perfiles de consumo. Diferentes públicos consumen distintas drogas en variados contextos y por diversos motivos. Podríamos entonces armar un mapa que dé cuenta de esta variedad sin soslayar los contextos socioculturales en los que el consumo se arraiga.

Así, nos encontramos, con un primer conjunto que está representado por un grupo de jóvenes que habitan y se mueven en círculos de privilegio, con acceso al mundo de la educación, con

accesos laborales, con acceso al mundo a través de la tecnología, etc. Para estos grupos, en términos subjetivos, las sustancias cumplen distintas funciones según se vinculen a la productividad o a la sociabilidad. Si su consumo se relaciona con el área de la productividad, las drogas funcionan como “motor de repuesto” frente al estrés y a la aceleración que impone el mundo del trabajo, especialmente en círculos empresariales o financieros. Y si el consumo se relaciona a la sociabilidad, las drogas son una especie de “mediación social” que se utiliza como elemento de interacción. Por ejemplo: juntarse a consumir marihuana, cocaína o éxtasis.

Otro conjunto está representado por los jóvenes que comienzan a tener problemas en las áreas productivas y sociales, que ven o sienten censuradas sus expectativas laborales, con problemas de acceso al mundo educativo, con dificultades de relación, etc. Para estos grupos, las drogas pierden el sentido de “mediación social” y funcionan más como una “prótesis” frente al descontento, a la soledad; son una especie de muleta para evadir la depresión, en suma, para soportar mejor la forma en que les ha sido impuesta la vida.

Por último, un tercer conjunto que estaría representado por los grupos más pauperizados, marginales y excluidos, donde el consumo de sustancias, como la cocaína, la marihuana o el paco – menos las drogas de diseño como el éxtasis – pierde su carácter de mediación social y de prótesis y se transforman en moneda corriente. Las drogas son como una manera de estar en el mundo, una forma de relacionarse. Para estos grupos la sustancia se hace piel.

Por supuesto que las diferencias que acabamos de marcar no siempre aparecen tan claramente en el horizonte social, ni actúan de manera mecánica, sino que más bien existen atravesamientos, cruces entre los distintos conjuntos. Hay zonas de mayor permeabilidad donde los límites se tornan más difusos, esto se produce principalmente entre aquellos grupos donde el consumo de drogas comienza a agotar su sentido de “ser prótesis” para transformarse en un modo de vivir, en suma en una forma de estar en el mundo.

Estos tres factores que acabamos de situar: la complejidad del fenómeno, las características del contexto actual y la heterogeneidad de los sentidos asociados al consumo, dialogan con la intervención.

Las situaciones de intervención seleccionadas para el análisis se desarrollaron en escuelas de nivel medio. Dichas situaciones requieren de una instancia reflexiva en diálogo con la teoría. Nos hablan del trabajo interdisciplinario y del vínculo cada vez más estrecho entre diversos campos de conocimiento.

La Escuela hoy, como escenario de intervención, se enfrenta a por los menos dos ámbitos de problemas. Uno, vinculado a su propia crisis, a la necesidad de su transformación y a la puja política y social por la dirección de esa transformación. Y otro, a la aparición de nuevas situaciones que se caracterizan por un alto nivel de incertidumbre para sus actores y conductores.

Adentrándonos en la práctica, la primera situación que vamos a plantear sucedió en una Escuela ubicada en las cercanías de una villa de emergencia del conurbano bonaerense.

La demanda, como acto fundante de la intervención, proviene de la Directora de la Escuela. La misma manifiesta *“estar preocupada por el consumo de drogas y por los comentarios que le llegan a través del grupo de docentes”*.

Se mantienen dos encuentros con la Dirección y los docentes a los fines de profundizar,

clarificar aspectos de la demanda.

La demanda es el primer punto a trabajar y del tratamiento que hagamos de ella, es decir, de la forma de entenderla y construirla dependerá en buena medida la trayectoria del proceso de intervención. Por tanto, es preciso detenerse en la clarificación de la demanda para definir ¿quién demanda?, ¿qué demanda? ¿con quienes y dónde se va a trabajar?. Asimismo, otra fuente de interrogantes a develar se vincula con el lugar que las drogas tienen en relación con otros temas y la visión que esa comunidad tiene de las sustancias y los consumidores.

En uno de los encuentros un docente relata la siguiente situación: conversando con un grupo de alumnos respecto de las situaciones que sucedían en el barrio, uno de ellos, refiriéndose a los que venden drogas, dice: ***“yo quiero ser como él”***. El docente, expresa ***“haberse quedado sin palabras”*** ante esa situación. En principio, se desprende que la aparición de lo nuevo, lo inesperado, constituye uno de los factores que origina la demanda y que conduce a la solicitud de un espacio de intervención externo.

Siguiendo con el relato, el docente dice haberle preguntado ¿por qué querés ser como él? El alumno, le responde ***“...y claro, a él lo saluda todo el mundo, la gente lo respeta: buen día señor, ¿cómo está señor?, tiene plata, tiene mujeres, un super auto, la policía lo respeta, le da la mano. Yo quiero ser como él...”***

Las primeras preguntas del proceso a conducir giran en torno a ¿cómo intervenir frente a esta situación?, ¿desde qué lugar construir una estrategia?, ¿con qué metodologías trabajar?, ¿cómo elaborar categorías de análisis singularizadas?, que sean útiles para encauzar, en un marco de trabajo, la situación de intervención.

En principio, una vía de intervención posible es ofrecer al que consulta las herramientas que le permitan entender qué está diciendo este alumno con ***“yo quiero ser como él”***.

Esta frase nos habla de la crisis del contrato social: crisis de legitimidad de las instituciones y de las prácticas. Instituciones como la escuela o la familia han dejado de ser los espacios en dónde se construye la identidad, por lo menos para ciertos conjuntos poblacionales. Nos muestra a su vez por dónde se construye la identidad y todo lo que la sustancia genera en términos de relación social (prestigio, poder, respeto).

Aparecen en esta frase, condensados de cierta forma, los efectos del discurso neoliberal. Por un lado se resalta la idea de ***“el único camino posible”*** y por otro muestra cómo el mercado se ha metido en nuestras vidas. Los lazos están atravesados por el valor de cambio, por el cálculo, en dónde uno es por lo que tiene (autos, mujeres, dinero).

Esta frase destila fragmentación, nos habla del grado de desintegración social, de la ruptura de las redes de solidaridad. Y donde los lazos se han cortado se ha metido la sustancia. Nos revela el grado de incertidumbre frente al futuro y lo inesperado de las situaciones actuales.

Michel Foucault decía: ***“no solo hay que mirar lo que el poder destruye, sino lo que construye”***. En esta frase se hacen visibles, de forma descarnada, los lugares por los que se edifican las identidades en una sociedad atravesada por la lógica de la exclusión.

Este proceso de deconstrucción, de descomposición de la escena de intervención, nos ofrece pistas para pensar la dirección de la intervención, que necesariamente se enlazará a los tópicos identificados: identidad, desintegración, incertidumbre, entre otros.

Por tanto, el horizonte de la intervención se vincula a una estrategia que permita al otro, en este caso al grupo de docentes, hacerse de las herramientas y medios necesarios para poner en crisis la legitimidad del discurso proveniente de sus alumnos.

La situación de intervención está conformada por un conjunto de actores y circunstancias que se entrecruzan en un momento determinado. Del manejo que hagamos de estas circunstancias dependerá en buena medida la eficacia de la intervención y su impacto en la resolución de la demanda que le dio origen.

Otras veces, la aparición de las drogas en escenarios educativos, ya sea en forma de restos de sustancias o bien mediante el consumo directo en lugares visibles como el recreo, constituyen situaciones que accionan la formulación de una demanda y reclama una resolución urgente y eficaz que muchas veces se traduce en sumar a otros: asesores, psicólogos, especialistas en el tema, para que resuelvan la situación.

La Dirección de una Escuela media, ubicada cerca de la Villa 31, se comunica con el Departamento de Prevención del CENARESO, solicitando una intervención por el consumo de un porro durante el recreo de dos alumnos de la escuela.

Un primer diagnóstico, mediante entrevistas con distintos actores institucionales y la observación del escenario de intervención, en el cual se incluye la villa 31, nos permite diseñar el siguiente cuadro de situación:

La villa 31 ha registrado en los últimos años un crecimiento demográfico mayor que su capacidad habitacional. Esta situación generó el crecimiento de barrios periféricos, con marcadas diferencias en cuanto a acceso a agua potable, tipo de edificaciones, etc., en relación con las zonas más antiguas de la villa. Se han establecido líneas divisorias entre distintas zonas con el consecuente aumento de la fragmentación y de los conflictos entre distintos territorios.

La población que concurre a la Escuela está conformada por jóvenes que viven en la villa 31. Su composición predominante en cuanto a nacionalidades es la siguiente: argentinos provenientes del interior del país - básicamente de Catamarca, Jujuy, Chaco, Formosa y Misiones- y por extranjeros de países limítrofes: paraguayos, peruanos, bolivianos y en menor medida uruguayos y brasileños.

En cuanto a la Escuela, ha pasado en los tres últimos años por dos conducciones de carácter disímil. Aumentó casi en un 20% el número de alumnos que concurren. Existe un fuerte conflicto entre distintos actores institucionales que se traduce en posturas irreconciliables. La escuela está invadida por ratas, situación común a la zona en la que se encuentra. En el último año se han registrado varios casos de tuberculosis entre los alumnos y los docentes. Ha aumentado el número de situaciones de violencia física entre los alumnos, relacionadas con el enfrentamiento de bandas de pertenencia según territorio.

La demanda que da origen a la intervención se vincula con el consumo de marihuana en el patio de la escuela. Este hecho fue protagonizado por tres alumnos de la misma. En primera instancia y tomando a la demanda como un punto a trabajar, cabría preguntarse qué es lo que hace que se hable más de drogas que de otros temas, qué es lo que hace que las drogas generen un movimiento que otras cosas no lo generan, como ser las fracturas institucionales, los casos de tuberculosis, la presencia de ratas corriendo por el techo de la escuela, etc.

Desde una visión de conjunto, pareciera que se ha generado un desfase entre la magnitud

del problema y su resonancia simbólica. Podríamos decir que se han proyectado -en las sustancias- problemas que tienen otro origen, se ha producido una suerte de transferencia imaginaria de un ámbito de problemas a otro.

Con esto no estamos quitándole importancia al consumo problemático de drogas, sino que se intenta tener una visión comprensiva de la dimensión del problema del consumo en esa institución, a los efectos de componer el escenario de intervención y sus estrategias.

Si lo pensamos en clave de intervención, las drogas se constituyen en la vía regia para trabajar con esas otras cuestiones, que por estar naturalizadas no convocan llamado alguno. Las drogas vienen a denunciar y mostrar situaciones que no logran concentrar la atención, como sí lo hacen las sustancias. La propuesta sería entonces leer en la droga lo que está más allá de ella y que la amplifica.

En entrevista con uno de los alumnos, protagonista de la situación relatada, él me dice: ***“me mandé una cagada, ya lo sé. Pero sabe lo que pasa: yo para volver al barrio tengo que estar drogado, sino no puedo”***.

¿Qué lugar está jugando allí la sustancia?, ¿qué es lo que permite su consumo? Pareciera, que las drogas se constituyen en una muleta para que ese sujeto – representante de un grupo poblacional- se le haga más soportable la vida y pueda entrar y permanecer en un contexto violento, desintegrado y peligroso.

Para finalizar este dialogo sobre las prácticas y atendiendo a la complejidad y diversidad de situaciones que cabalgan en la formulación de una demanda, resulta esencial adquirir un marco comprensivo que nos permita desplegar una mirada atenta respecto del escenario sobre el que se va a intervenir, antes de proponer líneas de acción. Pero, ¿qué es lo que hay que mirar? Si bien no existe un manual de procedimientos respecto de esta cuestión, podemos mencionar ciertos ejes que guíen la intervención:

- a) Identificar las formas que las instituciones, los barrios, se dan para resolver los conflictos. Esto supone captar las lógicas culturales que subyacen a los sistemas de sanción, valoración y códigos.
- b) Comprender las representaciones sociales que circulan alrededor del tema, intentando descomponer sus dimensiones con el fin de analizar las relaciones que los sujetos establecen con distintas sustancias.
- c) Precisar el grado de desintegración/ruptura de los lazos sociales.

Los ejes mencionados nos van a proporcionar elementos de diagnóstico que nos ayuden a construir la trayectoria de un proceso de intervención, en contextos atravesados por un alto grado de incertidumbre